Y más adelante añade, refiriéndose á una carta dirigida por Maximiliano á Bazaine desde Jalapa, fecha 31 de Octubre de 1866: (1) "Se ve por el contenido de la anterior carta que el Emperador estaba todavía resuelto en esa fecha á abdicar y volver á Europa, manteniendo sin embargo á sus leales Ministros en el engaño de que no abandonaría el trono, y continuaría cumpliendo con la misión para que había sido llamado."

Se vé, pues, hasta donde llegó Maximiliano, por las anteriores citas que trascribimos. Tenemos, ya, en efecto, á otro escritor que no puede ser tachado de parcial por "La Voz de México," diciéndonos terminantemente que el archiduque había entablado negociaciones con algunos jefes republicanos y que engañaba á sus leales ministros, de manera que el carácter de Maximiliano como gobernante, queda perfectamente definido por las cualidades que antes apuntamos: versatilidad, ausencia de plan determinado de conducta, nimiedad infantil, doblez y falsía.

Con razón exclama Masseras: "No había dificultades que no pudiesen ser vencidas en los momentos en que Maximiliano tomó posesión de su trono; esas dificultades vinieron más tarde, producidas por errores de conducta. Estas, en cambio, iban á acumularse día por día á precipitarse hora por hora, y á dar razón al cálculo dentro del cual se habían parapetado, la paciencia indígena de Juárez y la fría energía de su principal consejero el Sr. Lerdo de Tejada." [2]

(*El Monitor Republicano* de 13 de Agosto de 1889)

---

(1) Masseras. Obra citada, pág. 32.
(2) Zamacois; obra y tomo citados, pág. 615 y 616.

MAXIMILIANO

El Imperio, mejor dicho, Maximiliano, ha vuelto á ser el asunto palpitante en la prensa liberal de la metrópoli. ¿Cuál es su fin? ¿por qué exhumar un cadáver después de 22 años, pretendiendo una autopsía extravagante y odiosa, declarar que en sus arterias inyectadas de sulfato de plomo, no existe más que cieno?

La explicación de este furor con que la prensa liberal se ha entregado á denigrar la memoria de Maximiliano, es en extremo obvia y verdadera.

Es perfectamente cierto que el Sr. Presidente de la República dispuso la formación de un proceso con motivo de la carta del general Escobedo publicada en el "México á través de los Siglos" que ya conocen nuestros lectores, pues la reprodujimos en estas columnas.

La acusación que esa carta encierra contra el Emperador Maximiliano es de tal manera grave y está en tal contradicción con el parte oficial rendido en su oportunidad por el general Escobedo, autor de la repetida carta, que el proceso era inevitable, según los preceptos de la Ordenanza.

No bien se tuvo noticia de la determinación del Sr. Presidente de la República, se pusieron en juego con actividad asombrosa por parte de los liberales, todas las influencias posibles, á fin de evitar que el Primer Magistrado desistiera de su determinación.

La mayor parte de esas influencias fueron mediatas; es decir, no gravitaron directamente sobre el general Díaz, sino sobre altos personajes, entre ellos los que directamente debían intervenir en el proceso.

El partido liberal ha tenido miedo á la investigación jurídico-militar de la verdad. Se ha espantado del proceso. No encontrando en el carácter del señor general Díaz aptitudes para prestarse á una farsa; sabiendo que cuando ese alto jefe procede no

lo hace "de chanza," como suele decirse, los que anhelan el desprestigio de axMimiliano formidaron ante el proceso, se espantaron de él, y como uno de tantos elementos, han desplegado el de la prensa, á fin de sugerir sospechas que favorezcan la opinion de que éste fué el traidor de Querétaro; y no porque crean que tales especies influirán en la conciencia publica, ni de la nación, ni del extranjero, sino porque quieren presentar ante el señor general Díaz la opinión compacta de la prensa liberal, con el objeto de procurar que ante ella retroceda.

Tal es, en pocas palabras, la explicación de esta exhumación atentatoria.

Pero la prensa liberal se ha condenado sola. ¿Porque se opone al proceso? ¿Por qué en cambio la prensa conservadora lo desea? He aquí dos datos elocuentísimos. Es seguro que el Sr. Presidente haría que el proceso caminara con rectitud. De esta base han partido los liberales para conjurar el proceso y los conservadores para esperarlo tranquilos.

¿Qué se infiere de aquí? Que en la conciencia del partido liberal está la falsedad completa, insostenible de la acusación hecha á Maximiliano.

De otra manera, ¿cómo no había de procurar el proceso? ¿qué mejor elemento para radicar en la historia como una verdad incuestionable la traición de Maximiliano, que aquella averiguación jurídica, serena, imparcial, documentada, autorizada, hecha cuando aun no desaparece la generación testigo de los acontecimientos; cuando viven aún muchos jefes que intervinieron en la ocupación de Querétaro; cuando en una palabra es tiempo hábil para tan importante proceso?

Una opinión aislada, varias opiniones puramente personales no causan ejecutoria en la historia, mientras que un proceso hecho y conducido conforme á las leyes, y con toda equidad y sabiduría se considera como prueba plena de un acontecimiento.

Si los liberales tienen seguridad en su acerto, si la tienen en sus pruebas, en sus documentos y testigos, y explicaciones de éste y aquel hecho, ¿por qué sienten pánico al decretarse nada menos que la ocasión y la manera formal y científica do hacer valer esas pruebas irrefutables? ¿por qué? ¿Por qué en cambio el partido conservador ha visto con tranquilidad iniciarse ese pro-

ceso, y no solo iniciarse, sino ser puesto en manos de liberales como jueces, acusadores, defensores, testigos, etc. etc?

Los deturpadores de Maximiliano formidan cuando los jueces han de salir de su propio partido; los conservadores aceptan, por más que los jueces sean del partido contrario.

Tales son los privilegios de la verdad, y tales los peligros y terrores de la mentira.

Es de admirar el atarantamiento, la estupefacción que reina en las filas de la prensa sostenedora del general Escobedo. Hasta se ha olvidado de antiguas y trascendentales protestas, repetidas por los liberales durante muchos años. Por ejemplo, han sostenido siempre que el país no llamó ni eligió á Maximiliano. Que el llamado Imperio fué obra de un grupo de conservadores, no de la nación mexicana. Indispensable les ha sido esto para poder hacer valer los derechos de Juárez y demás republicanos. Porque es manifiesto que si la Nación optó por el Imperio, si ella llamó á Maximiliano, quedaron nulificados completamente los derechos de Juárez y su partido.

Pues bien, "El Monitor Republicano" en su número de ayer declara y confiesa y asegura que «el pueblo mexicano aceptó la monarquía y eligió Emperador á Maximiliano.»

En efecto, "El Monitor," para atacar á aquel como hombre político hace suyas las opiniones de D. Niceto de Zamacois, que presenta como un argumento y que copia textualmente.

He aquí el párrafo que nuestro colega hace suyo:

"Parecía que un espíritu antilógico influía en sus determinaciones y su política, desde el momento que aceptó la corona de México. Separándose de los que le habían llamado y en los cuales parecía lógico que se apoyase, los hizo á un ladó y buscó á los hombres del partido republicano, contrarios al Imperio, para sostener éste. LLAMADO POR UNA POBLACION CATÓLICA QUE ACEPTÓ LA MONARQUIA Y À ÉL POR EMPERADOR, únicamente por que juzgaba atacada su religión por las leyes dadas por el gobierno de D. Benito Juárez, publica idénticas leyes que éste, poniéndose en pugna con el Papa, y en consecuencia, con los que le eligieron: "Dice al pueblo mexicano en la primera proclama " que dió al pisar el país, que si continúa siempre animado del " sentimiento religioso que le había distinguido en todos tiem- " pos llegaría á la cúspide de la felicidad," y obra luego en opo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
000550

sición á esas ideas, diciendo "que no es católico en la acepción que marca el Evangelio, y que él le enseñará á serlo verdaderamente.»

Ahora bien: al presentar "El Monitor" esas opiniones de D. Niceto de Zamacois como un argumento, tiene que aceptarlas, todas, pues de otra manera podríamos decirle: "con el derecho con que tú no aceptas unas, nosotros no aceptamos las otras." En cuyo resultado la cita resultaría nula, y el argumento que ella constituye, vacío. Además: ó "El Monitor" juzga verdaderas las opiniones de Zamacois, ó no. Si lo primero, luego acepta lo que dejamos subrayado; si lo segundo, cometió una grave inconveniencia y una impasable frivolidad, al exponer como argumento opiniones que juzga erróneas.

Si pues "El Monitor" hace suyos los juicios de Zamacois, si los presenta como una prueba, acepta entre los demás éste:

"El pueblo de México optó por el Imperio y eligió á Maximiliano."

En cuyo caso la guerra hecha por D. Benito Juárez aparece injusta, atentatoria al derecho del pueblo reconocido por la Constitución, y como usurpadores el mismo Juárez y sus partidarios.

Faltaba únicamente que "El Monitor" presentara un cuadro de opiniones, y de ellos solo debiera creerse y aceptarse las que lo favorecen, mientras obligara á tener como falsas las que lo perjudican; y esto cuando presenta tales opiniones como una prueba, es decir, como un fundamento ó criterio de verdad. Este sería un juego de niños.

Si tiene por verídicas las opiniones que ha presentado tiene que apechugar con la usurpación de Juárez y la legitimidad del Imperio; si no las tiene por verídicas, entónces la cita es vana, nada ha probado, es impertinente.

Pero como el colega dijo lo contrario, como aseguró que esa cita es una prueba; como estimó cual verídicas esas opiniones, resulta que, según "El Monitor," el Imperio fué legítimo y el Sr. Juárez y los suyos, usurpadores.

He aquí hasta donde han llegado los sostenedores del general Escobedo en su anhelo de sacar avante la acusación que encierra su carta y conjurar el "enorme peligro" del proceso.

Un abismo arrastra á otro abismo.

La historia debe recoger tal confesión.

Nosotros, que para nada intervenimos en el imperio; nosotros, que lo juzgamos como un error craso, sobre todo atendiendo á la política internacional de los países de América; nosotros que como católicos no podemos ser partidarios de un príncipe que dejó en pié la Reforma, no tenemos empeño alguno personal en este asunto.

Pero pues no pertenecemos á la generación testigo de los hechos; y deseando, y necesitando saber, aprender, conocer la verdad, pedimos que se lleve adelante el proceso; pedimos que se preste ese servicio á la historia; que no se procuren las tinieblas para los que necesitamos que se haga la luz. Mañana pudiera ser tarde.

Hasta hoy subsiste intacta la opinión de que hubo un traidor confabulado con el general Escobedo para entregar la plaza de Querétaro, y que ese traidor fué un mexicano. Si esto, como lo pretenden algunos, no fuere verdad, es preciso saberlo, y para saberlo es preciso investigarlo, y no con discusiones de periódicos, sino de la manera formal, autorizada y científica que supone una averiguación judicial. En nombre de la historia, de la verdad, del patriotismo, y hasta de los anhelos demócraticos, pedimos que se lleve adelante la determinación del Sr. Presidente, que se evacúe el proceso.

De otra manera, el solo hecho de negarse á petición tan racional, á solicitud tan legítima, demostrará que la acusación á Maximiliano es falsa: que sus acusadores tienen la conciencia de esa falsedad; que, por lo mismo temen el proceso.

Recordad que os lo pedimos en tiempo oportuno, cuando pueden hablar muchos que aún viven, cuando aún existen testigos; cuando aún pueden estimarse las pruebas. Si no lo hacéis y lo pretendiéseis mañana, cuando será imposible hacer hablar á los muertos, vuestra pretensión llevará en sí misma el sello de la superchería. Y subsistirá como perfectamente histórica la opinión que hoy subsiste referente á López. El pueblo os dirá: "callad, si no tenéis, como la sombra de San Pedro, la virtud de levantar á los muertos."

(*El Heraldo* de 14 de Agosto de 1889)

RESUMEN—Todavia algunas apreciaciones sobre Maximiliano y sus actos.— Varias citas respecto del parecer del archiduque sobre el ejército mexicano y referentes á su proyectada evasión:—Dos preguntas á "La Voz de México."

Ya el otro día insistimos sobre algunos rasgos salientes del carácter de Maximiliano, en los que están conformes escritores de distintas ideas políticas, rasgos que hacen aparecer en toda su desnudez al hombre público é inducir de ellos, como ya dijimos, cual sería su conducta futura, si no con una seguridad absoluta, si al mènos con grandes probabilidades de acierto.

Maximiliano, como el otro día manifestamos, tuvo siempre muy poca fe en el ejército mexicano, y por lo tanto en la lealtad, valor y demás cualidades de nuestros soldados. Ya hemos visto las palabras del escritor Zamacois á este respecto, y hoy citaremos las del oficial de artillería Alberto Hans, escritor que tampoco puede ser sospechoso para "La Voz de México." Dice así en el capítulo primero de su obra titulada "Querétaro," pág. 10: "Faltando el apoyo de la Francia, el Imperio no contaba para sostenerse más que con las tropas conservadoras "tan despreciadas" desde fines de 1864, á pesar de su fidelidad y de sus triunfos. El Emperador Maximiliano había cometido la imperdonable falta de descuidar la reorganización del ejército nacional, "hacia el cual no podía disimular su desprecio;" contaba demasiado, después de la partida de las tropas intervencionistas, con los austriacos y los belgas."

Así es que, como en anterior artículo dijimos, la situación de espíritu en que se encontraba Maximiliano al ponerse al frente del ejército no pudo ser peor ni más desfavorable para concebir grandes esperanzas de triunfos y victorias, y para dar grandes alientos á un hombre que aún en épocas bonancibles se había distinguido por su indecisión y falta de energía, y también hasta por la poca fe que constantemente tuvo en la consolidación de su

imperio, siempre que éste no estuviera sostenido por bayonetas extranjeras.

Acababa en efecto de engañar á sus ministros y de pretender entrar en arreglos con algunos jefes republicanos como Porfirio Díaz sin que lo supieran aquellos, con la mira de embarcarse y volar al lado de su desgraciada esposa, verdadero y eficáz Mecenas del archiduque, y sólo quizá la consideración del "qué dirán" que lo acompañó hasta última hora, fué suficiente á detenerlo en un país en el que se esforzaron para que permaneciera en contra de su voluntad, los principales jefes del partido conservador.

Contrariado, profundamente herido en sus más íntimos y tiernos afectos por la separación y demencia de su esposa, sin el poderoso auxilio moral de ésta, burlado en sus esperanzas de la llegada del contingente austrico que al fin no vino por el temor de un conflicto con los Estados Unidos, conflicto que á todo trance quiso evitar el Austria, sin fe en las cualidades del ejército mexicano, sin haber formado éste todavía, conociendo como conoció que existían sórdidas rivalidades entre algunos de sus principales generales, con todos estos elementos propios para hacer vacilar hasta el carácter más enérgico y más bien templado; sale á abrir la campaña contra los republicanos, dejando trás sí un erario exhausto y desarreglado y una situación política casi indefinible, puesto que con anticipación había depositado su abdicación en manos de su Consejo de Gobierno.

Una vez en Querétaro, la situación se empeoró desde el momento en que en lugar de tomar la iniciativa y batir en detall á los generales Corona y Escobedo, esperó el archiduque en vano al general Olvera, permitiendo así la unión de los dos jefes republicanos y conviertiendo de esta manera en defensiva la actitud de las tropas imperialistas.

Durante el sitio pudo juzgar Maximiliano del exito final de la campaña. Cada salida valiente y audáz de Miramón, era acompañada las más veces de un triunfo pasagero trás el cual se presentaba la situación en peor estado que ántes, para los sitiados. El mismo escritor Hans, ya citado por nosotros, hace justicia á las que él llamaba "reservas de Escobedo," tropas que según su sentir, eran dignas de batirse con las de los sitiados, y en efecto, en las acciones del 27 de Abril y del 3 de Mayo, tuvo que reple-

garse Miramón dentro de la plaza después de sensibles pérdidas irreparables y que iban agotando poco á poco la moral del ejército maximilianista.

Ahora bien, todos estos hechos que no se escaparon á la inteligencia del archiduque, tuvieron forzamente que acabar con su abatida moral, que se despertaba sin embargo, por períodos, después de un ligero triunfo por ejemplo, ó después de un consejo de guerra en que se discutían planes que nunca se pusieron en ejecución; pero que parecían realizables y salvadores. Y luego lo mismo.....la aterradora realidad presentando á Maximiliano el cuadro de una ciudad hambrienta, de un ejército sin pan y sin vestido, careciendo hasta de municiones para poder seguir resistiendo, con bajas constantes en él que no podían cubrirse de ninguna manera, y tentativas tan audaces como inútiles para salir del círculo de hierro en que se habían encerrado.

Por otra parte, Maximiliano creemos que consintió, como todo el mundo, en que su persona sería respetada en cualquier caso, pues sabía que tenía trás sí, para exigir la garantía de su vida, á todos los reyes de Europa que eran sus parientes más ó menos inmediatos, y como había nacido en las gradas del trono, debió tener la convicción formada de lo que vale un príncipe de la sangre en Europa y de lo que ha valido siempre, con excepción de los reyes de Francia en tiempo de la revolución del 93, caso único en cerca de dos siglos que nadie pensaba volvería repetirse, mucho ménos en América, y todavía menos por una nación tan despreciada y debil como México

De manera que, por un lado una situación militar y política desesperada é irremediable, y por otro la seguridad que pudiéramos llamar absoluta de que se respetaría su vida. Con todo esto y dado el carácter de Maximiliano, ¿quién puede dudar que el mayor anhelo del Archiduque fuera una rendición que al quitarle un simulacro de poder que ya no deseaba, le devolvía muy probablemente su libertad y con ella la facilidad de volver á Europa á reunirse con su esposa?

Que él lo creía así, lo revelan las ilusiones que se hacía ya en prisión, y las frases que algunas veces se le escaparon de los labios. Dice Masseras: "La tranquila seguridad con la cual hablaba de ser conducido á un puerto en donde se embarcaría para Europa, demuestran cuán lejos estaba del sentimiento exacto de

su posición. Este sentimiento, por otra parte, le vino muy lentamente y "tal vez no lo tuvo completo sino en las últimas horas de su vida." La cruel realidad que lo rodeaba "no era bastante aún" para hacerlo descender "de la región de las quimeras á donde lo llevaba" su imaginación."

.....

"Soy prisionero de guerra, telegrafiaba á Viena; pero "no os "inquieteis, se me trata de modo que no se violan en nada las leyes y costumbres de los pueblos civilizados." Y añade Masseras: "Esto era rigurosamente cierto; pero alvidaba añadir ó tal vez no lo notaba, que en el tratamiento de que hablaba no había ninguna de las consideraciones acostumbradas para con un prisionero de distinción, con el cual se quiere ejercer un acto de magnanimidad." (1)

Esas ilusiones aumentaron cuando con motivo de la llegada á Querétaro de la princesa de Salm Salm, esta señora empezó á intrigar con objeto de lograr la evasión de Maximiliano.

Volvió entónces á revelar alguna vez el carácter pueril del hombre que á su llegada á México "traía consigo un cuerpo de alabarderos escogidos entre los hombres más bellos que había podido reclutar, vestidos de magníficos uniformes. (2) En efecto, añade el escritor citado: "Aunque hablando [Maximiliano] en ciertos momentos de su fin próximo y de sus últimas disposiciones, acariciaba en su imaginación, ya la esperanza de una entrevista con Juárez en la cual las cosas se arreglarían satisfactoriamente como por encanto, ya la visión no menos quimérica "de una evasión" imposible. Un día que se habían doblado las guardias y parecían haber recibido orden de vigilarlo más rigurosamente aún que de costumbre, tuvo una de esas frases que dan la medida del estado de su espíritu: "esto me agrada, dijo, las gentes de abajo tiemblan porque el leon se agita en su jaula." (3)

Al hablar el autor citado del proyecto de evasión ideado por la princesa de Salm Salm, dice lo siguiente: "El cambio de prisión hubiera sido indudablemente el primer punto ganado aún cuando no implicase absolutamente una disminución de precau-

(1) Ensayo del Imperio en México, páginas 256 y 257.
(2) Id. id. id. página 35.
(3) Id. id. id., págs. 262 y 263.

ciones ó de vigilancia; pero el Gral. Escobedo, deteniéndose en las disposiciones favorables que había manifestado, rehusó ese cambio pedido. Esto fué no solamente un grave contratiempo, sino una advertencia de que el General en jefe tenía noticias del proyecto consabido. "A pesar de todo, Maximiliano persistió en sus ilusiones» sostenidas tanto por su propia imaginación como por los avisos que le llegaban de fuera. "Por momentos se veía ya libre, trazaba su itinerario y fijaba sus proyectos. Había escogido á Mr. Forest para que lo acompañase en su fuga.» (1)

A nosotros se nos ocurre preguntar: ¿si hubiera logrado Maximiliano evadirse de su prisión, que hubiera sucedido de sus leales tenientes? y si hubieran sido éstos fusilados miéntras Maximiliano caminaba rumbo á Europa, ¿hubiera vuelto á México para morir como habían muerto sus generales, ó hubiera continuado su camino hasta llegar al término de él? Que responda á esta pregunta "La Voz de México.»

Y todavía otra para concluir, dirigida también á nuestro colega. ¿Con qué carácter fué Maximiliano á Querétaro, no siendo ya Emperador, puesto que había dejado su abdicación en México, y así lo "declaró expresamente" al General Corona?

Reasumiendo: la aserción del General Escobedo viene apoyada: por el discutido documento de López, por la carta del General Díaz al General Leyva que hemos citado, por el parte oficial del General Corona, "por frases textuales" de Zamacois "apoyadas en una carta de Maximiliano," por apreciaciones sobre su carácter y sus actos anteriores al sitio de Querétaro, apreciaciones hechas por varios escritores que no podrán los conservadores tildar de parciales en favor de los republicanos, por hechos y palabras del mismo Maximiliano citados por Masseras durante el tiempo de la prisión del Archiduque, en presencia de algunos de sus servidores, y hasta por la situación especial y difícil en que se encontró Maximiliano en los últimos meses de su gobierno.

Después de todo esto decida el lector imparcial.

(*Monitor Republicano* de 15 de Agosto de 1889.)

(1) Ensayo del Imperio en México, págs. 317 y 318.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA CUESTION DE QUERETARO

La historia no es la cortesana impúdica que vende cínicamente sus favores; es la diosa de la razón fría y reposada, que no cobija bajo su clámide ni el odio de la secta ni el grito de la pasión, sordo y enardecido; escucha y medita, llama á su alrededor á todos los hombres, recoje todos los testimonios, admite todas las opiniones y levanta sobre estos cimientos el templo de la verdad, firme y resistente. La Historia no se pone á pública subasta, ni se seduce por embrutecimiento, como seduce la teología á los incautos; el ponsoñoso licor con que el clericalismo adormece á sus víctimas, no la embarga ni la enerva; tiene como la libertad la soberanía de las ideas, y como ella, marcha al impulso del pensamiento humano. Se la desgarra y se la falsifica, y de entre la tosca envoltura que la rodea, surge grave y serena, ciñendo de laurel la frente de sus mártires y de sus héroes, y arrojando un padrón de ignominia sobre sus malvados y sus verdugos.

El partido reaccionario, que ha falsificado al hombre, que ha falsificado la naturaleza, que ha falsificado la divinidad, que ha falsificado todo, pretende falsificar los acontecimientos y hacerlos cómplices de cada una de sus infamias, de cada una de sus iniquidades, de cada una de sus vergüenzas. Es inútil: la verdad se impone siempre á la vida de las inteligencias, como se impone el progreso á la vida de los pueblos.

Descubramos la verdad en ese cavernoso reducto que se llama la toma de Querétaro, en donde cada rayo de luz es un girón arrancado á la honra del triste protagonista de aquel drama sangriento que tuvo su desenlace en el cerro de las Campanas. El partido reaccionario lo ha querido; que su voluntad se realice y que la tumba de las Capuchinas de Viena no arroje á la faz de los que engañaron al mísero archiduque el eterno sonro-